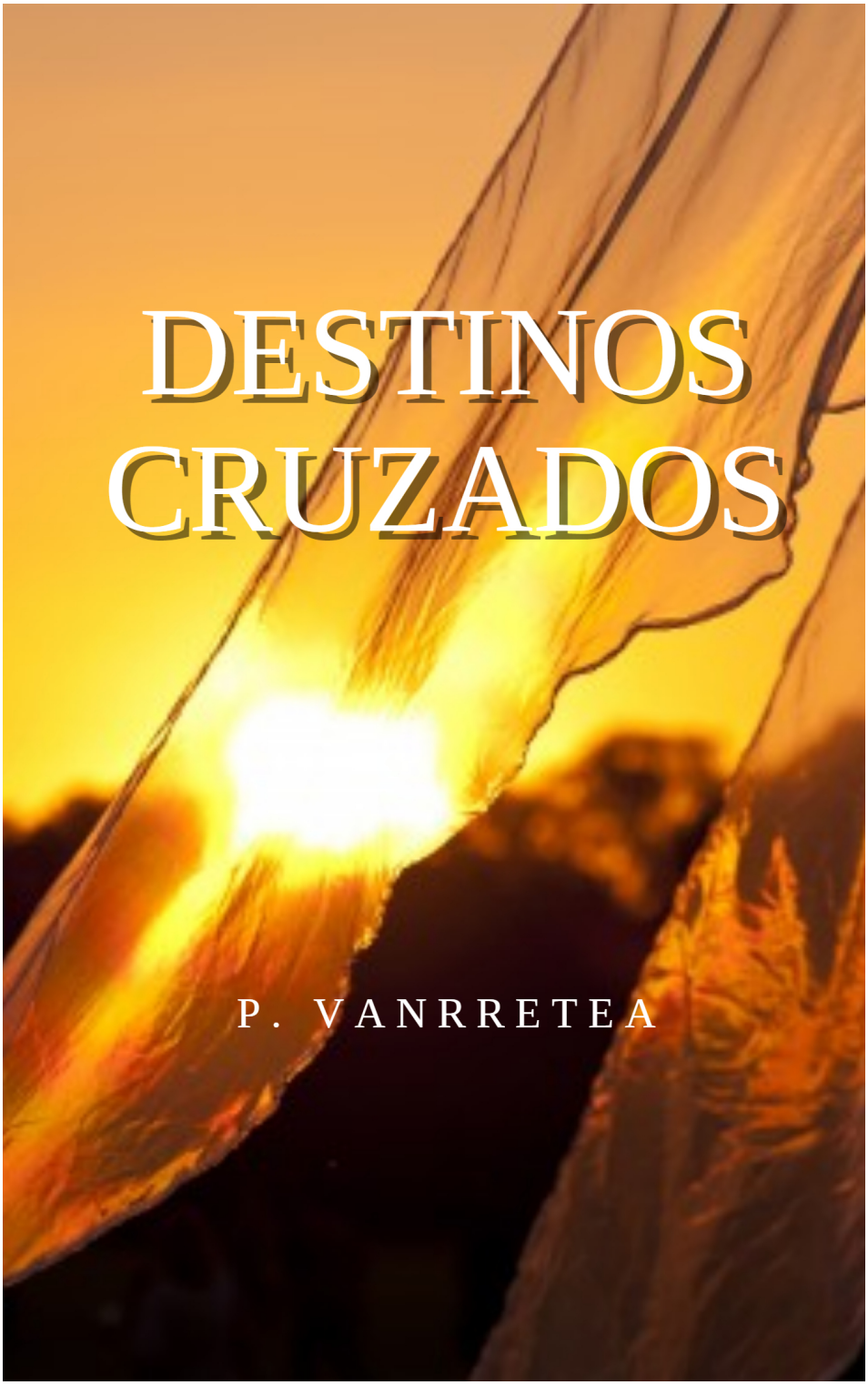
Destinos Cruzados (Estreno doble capítulo 7 y 8)

P.Vanrretea (Annisa)



Capítulo 1

No mires nunca de dónde vienes,

sino a dónde vas.

Pierre-Augustin de Beaumarchais

Capítulo 1

Los Ángeles, Chile

Aquel día era una típica tarde de verano en Los Ángeles. Para ser las cinco de la tarde, el sol aún permanecía en lo alto del cielo provocando estragos con sus potentes rayos en todos los rincones de la ciudad. Una pequeña brisa sopló en un momento provocando un leve movimiento en entre las hojas verdes de los árboles de aquel cementerio. Gabriela, quien estaba mirando la tumba de sus padres, cerró los ojos agradecida por aquel momento de paz y de frescura, aunque fuera pequeña.

Aprovechando la bella tarde, Gabriela había decido acercarse a dejar flores frescas a la tumba de sus padres que habían partido trágicamente hace dos años atrás. A pesar que ocurrió en diferentes circunstancias, le quedaba el consuelo que ambos estaban juntos. A sus 25 años, la vida le había sonreído y le había dado la espalda, pero siempre ha sabido salir adelante. Además, no podía permitir dejarse embargar por la pena de la pérdida, sus padres jamás se lo habrían perdonado. Por eso cada vez que tenía la oportunidad se acercaba a aquel lugar que tanta pena y tristeza le traía, pero a la vez paz.

Una vez que terminó de arreglar las flores miró detenidamente la tumba de mármol blanca. Como parte de las inscripciones se podía apreciar el nombre de Bernardo Martínez y de Beatriz Reyes. En una urna de vidrio se podía apreciar a una pareja joven y sonrientes mirando con una sonrisa a la cámara. Cuando su padre había partido, cambió la foto que había en la tumba de su madre por una de los dos. Ahora, ambos estarían juntos.

–¿Cómo están? –Preguntó a la nada mientras observaba la fotografía.

Gabriela sabía que aquello era una verdadera tontería, pero en su corazón

sentía que si no decía lo que sentía en voz alta no se sentiría tranquila.

–He venido a traerles estas flores para que adornen un poco el lugar y también vengo a decirles que por fin estoy de vacaciones. A pesar de que las clases terminaron el mes pasado, por fin se pudo concluir el cierre del semestre escolar. Fue un año muy productivo. Haber encontrado este empleo se ha trasformado en el término de mi gran sueño. Al fin puedo enseñar a los niños y entregarle mis conocimientos para ayudarlos en su formación académica.

Con cada palabra que decía Gabriela, se sentía muy orgullosa de sí misma. Siempre soñó poder enseñar al resto y todo aquello se hizo realidad cuando por fin recibió su título universitario. Lamentablemente, no tuvo a sus padres a su lado para poder compartir con ellos esa felicidad. Su madre, había partido primero, después de una larga lucha con un cáncer no pudo continuar con su batalla. Sin embargo, le quedaba a Bernardo quien siempre la apoyó en todo momento y fueron un consuelo el uno para el otro después de la partida de Beatriz, pero dos meses antes que Gabriela recibiera su título, su padre falleció en un accidente en camino a su trabajo.

Cerró los ojos intentando borrar esos pensamientos. Antes de ir al cementerio se había prometido no ponerse triste, a ellos no le habría gustado. Continuó un rato más junto a la tumba platicándole a Bernardo y Beatriz las últimas cosas que le había ocurrido. Cada vez que iba a visitarlos, el tiempo pasaba muy deprisa, por lo que no se dio cuenta que, al fijarse en la hora, ésta ya marcaba las seis y media de la tarde. Le dedicó una última mirada a la fotografía de sus padres mientras se despedía. Se estaba alejando cuando la vio por primera vez.

Gabriela jamás pensó que aquel día, su vida le cambiaría por completo. No supo que le llevó poner atención a esa mujer que pasó con la cabeza en alto mirando a todos lados. Lucía perdida, tal vez iba a visitar a un familiar, pero no sabía con precisión donde ubicada la tumba. Mientras la observaba, se dio cuenta que era una mujer con clase, no porque fuera vestida elegante sino todo lo contrario. Iba con un sencillo vestido veraniego que les llegaba a las rodillas y unos zapatos bajos que le combinaba muy bien con el vestido. Lo que le llamó la atención fue con la propiedad con la que caminaba y el porte que daba con cada paso. "¿Sería una modelo?" Pensó Gabriela intrigada. Jamás se había considerado una mujer chismosa, pero no pudo aguantarse las ganas de ver cuál era la tumba que aquella mujer iba a visitar.

Olvidándose de las cosas que tenía que hacer, Gabriela siguió a la mujer. Mientras lo hacía conjeturaba que por lo menos debía de tener unos 22 años aproximadamente teniendo en cuenta que era más baja que ella. Continuó recorriendo el cementerio detrás de la joven hasta que al final se

detuvo donde menos se lo esperó.

Gabriela estaba segura que no la conocía, pero algo dentro de sí misma le decía que había algo familiar en la mujer, por lo tanto, era bastante extraño que ella se hubiera detenido al frente de la tumba de sus padres.

Olvidando por completo que la estuvo siguiendo por mucho rato, se acercó hasta la mujer para preguntarle quien era realmente. Sin embargo, solo pudo preguntar.

–¿Conocías a mis padres?

Capítulo 2

Capítulo 2

Leonor había viajado por todas partes buscando respuestas y al parecer al fin había encontrado el sitio donde éstas estaban. Se imaginó enfrentándose a miles de situaciones, menos la de tener que estar frente a una tumba. Cuando llegó aquel cementerio de Los Ángeles, pensó que no encontraría nada, de hecho, no sabía por qué había decidido ir. Solo tenía esa necesidad de poder encontrar su lugar, su verdadero lugar en el mundo.

Mientras caminaba entre los árboles de aquel lugar, comenzó a recordar cómo había sido su vida durante sus 25 años. La verdad es que había sido bastante peculiar, lo cual no era extraño para una mujer en sus condiciones, al fin y al cabo, era una princesa.

Leonor había nacido en la hermosa ciudad de Florencia en Italia. Según lo que le habían contado, a su madre se le adelantó el parto justo en una gira que realizaban los reyes de Agua Azul, por lo que no les quedó más remedio que nacer allí. A pesar de aquello, siempre se consideró parte de su reino y no italiana como dice su certificado de nacimiento. Al ser hija de reyes fue criada en un hermoso palacio donde las obligaciones de ser la princesa heredera fueron una constante presión. No es que no le gustara su destino, pero realmente sentía que su vida no estaba hecha para aquello. No obstante, no le quedaba otro remedio más que acatar las órdenes y obligaciones que la ataban por ser la única hija del rey Maximiliano de Évreux.

Había aceptado su destino con la frente en alto tal y como lo debe hacer una princesa incluso en pleno siglo XXI, además, siempre tenía que anteponer las obligaciones de su pueblo por encima de las suyas. El reino de Agua Azul era una pequeña nación que, hasta el momento, respetaban a sus monarcas sin la necesidad de tener políticos corruptos como en la gran mayoría de los países independientes del mundo. Pero por más que hubiera aceptado continuar con sus obligaciones, algo en el camino lo había troncado y la había hecho recorrer el mundo entero para conocer la verdad.

Hace un año su madre Catalina, reina consorte de Agua Azul, había fallecido producto de una leucemia aguda que no fue detectada a tiempo. Cuando se dieron cuenta de su enfermedad, inmediatamente solicitaron donadores de sangre, donde Leonor se ofreció sin pensarlo. La sorpresa

fue grande al descubrir que su sangre no era compatible con la su madre. Intrigada por el hecho, había pedido a su doctor de confianza que comparara su perfil genético con el de su madre en secreto. Desafortunadamente, este había dado el peor resultado que pudo imaginar, lo que solo podía significar que no era la princesa heredera de Agua Azul. Por aquella razón, y a escondidas de su padre, también comparó su perfil genético con el de ella dando el mismo resultado. No había coincidencias.

Dolida por la muerte de su madre, aprovechó la ocasión para comnzar la búsqueda de su verdadera identidad. Le costó mucho trabajo poder sacar información puesto que debió viajar a Florencia para poder averiguar qué había pasado. Allí fue donde descubrió que aparte de la reina también hubo otra mujer que estaba en trabajo de parto aquel día, y que el bebé también había resultado ser una niña. Por esa razón, se le metió la idea que tal vez las hubieran cambiado al nacer. Barajar aquella idea le estaba carcomiendo la cabeza. Después de un año, aquellas investigaciones recién estaban cobrando fruto. Puesto que de Florencia tuvo que viajar a Chile a la ciudad de Los Ángeles donde figuraba el nombre de la mujer que se registró en el hospital de Florencia.

Lo que no esperaba es que al llegar a la ciudad y contratar a un detective privado este le entregara noticias tan tristes. La mujer que había dado a luz una niña en aquel hospital de Florencia había muerto dejando a su esposo y su hija que tenía la misma edad que ella. No obstante, solo unos pocos meses después, también murió el hombre en un accidente automovilístico. Por eso estaba allí, en aquel cementerio buscando respuestas. A pesar que ya no podría conversar con ellos tenía la esperanza que, con solo ver sus tumbas, quedaría con esa tranquilidad que tanto necesitaba desde que había descubierto la verdad. Sin embargo, todavía no sabía qué hacer con la hija de sus padres biológicos, tal vez lo correcto era contarle la verdad sobre su origen y, de paso, revelarle que es la verdadera heredera al trono de Agua Azul, pero no podía olvidarse de su padre, el rey.

Según él, ella estaba teniendo un ataque de rebeldía por la muerte de su madre por lo que había querido darle más espacio, pero no lo suficiente como para dejarla sin guardaespaldas. Tuvo que ingeniárselas mucho para poder deshacerse de ellos y poder emprender esta búsqueda por si sola. Incluso había puesto fin a su compromiso con el archiduque de Agua Azul. Como futura reina, todo el mundo esperaba que antes de asumir su puesto se casara con algún aristócrata. Su padre la había comprometido con el hijo de los Archiduques desde que nació, a pesar que, hasta el día de hoy, no sintieran absolutamente nada el uno por el otro.

Tal vez esta era su oportunidad para poder acabar con aquello de una vez por todas, pensó en su fuero interno. Quería tener la oportunidad de vivir, de ser libre, pero en el fondo de su corazón le dolía pensar que al hacer

aquello lastimaría a su padre. Por muy rey que fuera siempre la quiso y le dio todo el amor que un padre en sus condiciones puede dar. Además, no debía olvidar que después de la muerte de su madre, la condición de su padre empeoró. Cuando ella nació, ellos no eran tan jóvenes. Por el momento, vería la tumba de sus padres biológicos y ya tomaría una decisión más adelante, eso era lo primordial.

Leonor no supo cuánto tiempo estuvo revisando las tumbas. La verdad es que ni siquiera había querido ir a preguntar a los que administraban el cementerio por miedo a que la reconocieran, así que decidió revisar una por una. Cuando estaba a punto de darse por vencida, encontró lo que tanto estaba buscando. En la tumba había una inscripción que decía Familia Martínez, donde más abajo figura el nombre de Bernardo Martínez y Beatriz Reyes. Junto a una urna de vidrio pudo ver que había una fotografía de una pareja feliz que miraba sonriente a la cámara. Se acercó para poder ver los rostros de aquellos desconocidos. Cuando se acercó lo suficiente pudo comprobar que era igual a la mujer de la fotografía, delgada, con el cabello rubio y ojos cafés.

No podía aparatar la mirada de aquella mujer. Sintió que el nudo apretado en el estómago comenzaba a aflojar. No se había dado cuenta de lo nerviosa que estaba hasta ese momento, involuntariamente las lágrimas comenzaron a empapar su rostro. Leonor estaba tan absorta en la fotografía que no sintió los pasos de alguien acercándose por atrás de ella hasta que escuchó la voz de una mujer.

–¿Conocías a mis padres?

Lentamente Leonor se dio la vuelta al escuchar la pregunta. Cuando la vio quedó con la boca abierta por la impresión. Aquella mujer era la copia exacta de las antiguas fotografías de su madre cuando era joven.

Toda su vida se preguntó dónde habían quedado los genes de sus padres puesto que ella no se parecía a ninguno. Era curioso que aquello siempre fue una broma entre los tres, que irónica era la vida. La mujer que tenía al frente debía de medir más o menos lo mismo que su madre, su piel clara era la misma que la de su padre junto con el color de su cabello castaño. Sin embargo, lo que más le impresionaba era la mirada verde que le estaba devolviendo. Por primera vez, se sintió que estaba frente a Catalina.

Por otro lado, Gabriela estaba en las mismas condiciones que Leonor. Cuando la había visto vagar por el cementerio no le había prestado mucha atención a su rostro, pero ahora que la tenía frente a frente podía darse cuenta que esa mujer era igual a su madre. Su cabello rubio brillaba de la misma forma que el de ella, y los ojos cafés eran iguales a los de su

padre. ¿Qué estaba pasando?

–Yo… Lo lamento. Soy Leonor.

Gabriela quedó mirando de forma interrogante a la mujer que decía que se llamaba Leonor. La verdad es que no sabía porque, pero se sentía extraña. Era como un presentimiento de algo iba a ocurrir, pero no podía determinar si era bueno o malo.

–Gabriela. –Ambas se dieron la mano a modo de saludo. –¿Los conocías?

–No. No los conocía, pero quería hacerlo.

–¿Por qué? –Gabriela estaba confundida con la actitud de la mujer. A pesar de todo estaba algo nerviosa. –¿Estas bien?

"¡Contrólate!" Pensó Leonor. No podía permitir que Gabriela la descubriera, además, aun no sabía si le iba a contar la verdad sobre lo que había ocurrido con ellas el día de su nacimiento.

–Lo siento. Solo estoy acalorada. No estoy acostumbrada a este clima.

–No eres de aquí ¿Verdad? ¿Extrajera?

–Sí. Vengo de… Agua Azul. –Leonor decidió optar por la verdad.

–¿Agua azul? ¿Es una localidad?

–Algo así, pero está afuera en el extranjero.

Gabriela se encogió de hombros. –Jamás lo había escuchado. En fin ¿Por qué querías conocer a mis padres?

–Yo… antes de responder quiero preguntarte algo. ¿Tienes más hermanos?

–No. Soy hija única.

Leonor cerró los ojos, aquello confirmaba su teoría. EL parecido con su madre era asombroso y no era algo que se pudiera obviar. Tendría que decirle la verdad a Gabriela y esperar a que pudiera tomar la noticia de la mejor forma. No quería que sufriera el mismo conflicto de identidad que ella mantenía.

–¿Podemos conversar?

–Creo que eso estamos haciendo.

–No, me refiero a conversar en otro lugar.

–Cerca de aquí hay un restaurante. Allí podremos estar más tranquilas y de paso estaremos con aire acondicionado.

–Excelente idea. –Leonor esperaba poder contarle la historia a Gabriela tranquilamente y también que no estuviera cometiendo alguna imprudencia, pero no era justo para ninguna de las dos lo que les habían hecho.

Ambas se alejaron de la tumba de los Martínez para ir al restaurante. Gabriela estaba muy intrigada con Leonor por eso había aceptado llevarla a aquel restaurante. La verdad es que estaba a menos de una cuadra de allí así que podrían caminar tranquilamente, mientras pensaba la mejor manera de preguntarle porque se parecía tanto a su madre.

No obstante, antes de poder llegar a mantener una conversación, ninguna de las dos se dio cuenta que había un auto negro y con los vidrios polarizados aparcado al frente del cementerio donde mantenía en la mira a la princesa heredera al otro de Agua Azul. Sin que nadie pudiera hacer nada, Gabriela vio como Leonor caía al suelo pensando que se había desmayado por el calor que había, sin embargo, sintió un líquido espeso las manos cuando intentó levantarla.

–¡Leonor!

Cuando Gabriela logró darla vuelta comprobó que Leonor tenía los ojos cerrados mientras que una mancha roja empapaba la parte delantera del vestido que llevaba puesto.

Mientras el caos reinaba en el lugar intentando reanimar a Leonor, el automóvil negro se alejaba a toda velocidad.

Capítulo 3

Capítulo 3

Gabriela estaba pálida en el hospital base de la ciudad de Los Ángeles. Hace 14 horas que habían ingresado a Leonor inconsciente a la sala de operaciones intentando controlar la hemorragia que había dejado el impacto del disparo, pero hasta el momento no le habían dado ninguna respuesta sobre su estado de salud. Desde que había ingresado, solo una vez una enfermera se había acercado a ella a entregarle un bolso que llevaba Leonor al momento del disparo. Sabiendo que tendría que contactar algún familiar de Leonor, revisó el contenido del bolso donde encontró su pasaporte y algunos de sus documentos, lamentablemente estos estaban en italiano, o eso creía. Por lo tanto, no le había quedado más remedio que pedir en la estación de las enfermeras que contactaran a la embajada italiana en Chile para solicitar ayuda. Qué curioso, Gabriela también era mitad italiana puesto que había nacido en Florencia, pero jamás había aprendido el idioma. Desde pequeña se había traslado con sus padres a Chile donde ambos eran oriundos. No obstante, aquella coincidencia se le olvidó por completo cuando comenzó averiguar el origen de Leonor.

Cuando esta le había comentado que provenía de Agua Azul, había olvidado el pequeño detalle de decirle que era un reino en medio del mar mediterráneo, además, que ella era la princesa heredera al trono de aquella nación. Todo aquello lo había averiguado gracias a la ayuda de internet que le brindaba su teléfono celular. Pero la pregunta del millón era ¿Qué hacia una princesa en Chile? O ¿Qué hacía precisamente en Los Ángeles visitando la tumba de sus padres?

Lo bueno de todo aquello, es que al parecer la estaban buscando en Argentina por lo que no estaban tan lejos para que pudieran llegar al hospital, según le habían comentado en la embajada. Esperaba que, quien fuera quien la estuviera buscando, fuera capaz de darle las explicaciones que Leonor no alcanzó a decirle. Rememorando aquello, no recordaba nada de quien le había disparado. Y estaba segura que sería la primera pregunta que le tocaría responder porque al ser Leonor una princesa… No quería ni imaginar el problema diplomático que se convertiría todo aquello, porque de algo estaba segura, aquello había sido un intento de homicidio.

El dolor de cabeza que tenía se estaba volviendo insoportable. Pero no quería arriesgarse a alejarse de allí para comprar algún analgésico, no

antes de tener noticias de Leonor. Necesitaba estar segura que había salido bien de la operación. Cerró los ojos intentando vaciar su mente, tal vez de esa manera se le pasaría, pero justo en ese momento, las puertas del ascensor se abrieron dando paso a un hombre alto de cabello negro vestido con unos vaqueros y una camisa negra. Detrás de él lo seguían unos hombres con traje negro completamente serios. Intrigada lo quedó mirando mientras se dirigía a preguntarle a las enfermeras por alguien. Gabriela, intuyendo quienes eran, solo alcanzó a escuchar el nombre de Leonor cuando se acercó a ellos.

–Lo lamento, pero hasta el momento no hay ningún tipo de información. Pero puede esperar junto a la señorita.

La enfermera indicó a Gabriela quien ya estaba solo a unos cuantos pasos de aquel hombre. Cuando Felipe se dio la vuelta quedó completamente de piedra al ver el parecido que tenía aquella mujer con la difunda reina de Agua Azul.

Desde hace meses, había notado a Leonor bastante extraña. Primero pensó que estaba así por la muerte de su madre, pero de un tiempo a otro comenzó a sospechar que se trataba de algo más. Todo esto quedó confirmado cuando Leonor lo citó en el palacio para poner fin a su compromiso. Según las palabras de Leonor no estaba preparada para casarse y no era justo para ninguno de los dos continuar con algo que nunca llegaría a buen puerto. Si Felipe era sincero consigo mismo, nunca estuvo enamorado de ella. Era verdad que estaban comprometidos, pero eso había sido un acuerdo que se había realizado entre sus padres y los reyes de Agua Azul. Dado a su posición era una decisión tomada que ambos tendrían que cumplir, por eso no había dicho absolutamente nada al rey ni a su madre respecto al asunto.

Pero una vez que Leonor se alejó de Agua Azul para recorrer varios países hizo saltar las alarmas del reino y del mismo Felipe. Si bien no la amaba, había aprendido a tomarle cariño y se preocupaba por ella, por eso había decido aceptar buscarla por su cuenta para saber qué era lo que la tenía así de inquieta.

Desde hace dos semanas que estaba siguiéndole la pista a Leonor en Argentina, pensando que la encontraría en aquel país, pero esta se había escapado entrando al país vecino por carretera. Por lo que había averiguado, Leonor había cruzado por el paso fronterizo llamado Pichachén que conectaba a Argentina automáticamente con la región en donde estaba actualmente. Ahora solo le quedaba averiguar por qué Leonor lo había hecho.

Saliendo de su estupor y de sus recuerdos, Felipe quedó observando a la mujer que le había indicado la enfermera. Por lo que tenía entendido, ella estaba con Leonor al momento del ataque. Así que la primera persona que

debía interrogar era aquella mujer de ojos verdes.

–¿Quién eres? –Preguntó Felipe en un español perfecto.

Gabriela no estaba preparada para la voz grave de aquel sujeto. Si bien era bastante guapo no era justo que también tuviera una voz bastante grave que, estaba segura, derretía a cualquier mujer. Intentando controlar esa punzada de atracción, Gabriela se ordenó calmarse. Aquella no era el momento para hacer vida social ni nada por el estilo. Lo importante era averiguar que estaba pasando.

–Soy Gabriela Martínez. Me encontré con Leonor en el cementerio en la tumba de mis padres.

Felipe estaba cada vez más confundido con todo lo que estaba pasando. ¿Qué hacía Leonor en Chile y visitando una tumba?

–¿Por qué Leonor estaba visitando la tumba de tus padres? –Preguntó Felipe siendo consciente que no se había presentado ante Gabriela.

–No lo sé, creo que me lo iba a decir, pero no alcanzó porque…

Gabriela quedó en silencio recordando cuando Leonor había caído al suelo producto del disparo.

–Porque fue herida. –Terminó Felipe por ella.

Gabriela solo asintió con la cabeza.

–Yo no sabía quién era hasta que llamé a la embajada italiana para que averiguaran sobre la familia de Leonor. No tenía ni idea de quien era hasta que ellos me lo revelaron. –Intentó justificarse Gabriela. –Las enfermeras me entregaron esto.

Gabriel le dio a Felipe el bolso de Leonor.

–Tal vez allí encuentres respuestas del por qué ella estaba en el cementerio.

Felipe recibió el bolso de Leonor mientras miraba el rostro de Gabriela. Realmente, era idéntica a la madre de Leonor. Era tan extraño todo lo que estaba ocurriendo, de hecho, no pudo seguir conjeturando ninguna pregunta más en su cabeza cuando apareció un doctor vestido completamente de azul.

–Familiares de Leonor de Évreux.

–Yo. –Respondió Felipe acercándose al doctor. Sin saber la razón, Gabriela también se acercó. Necesitaba escuchar que había pasado con Leonor. –¿Cómo esta ella?

–Lo lamento, créame que hicimos todo lo necesario pero la bala perforó parte del ventrículo derecho. No pudimos mantenerla con nosotros.

Tanto Gabriela como Felpe sintieron que el suelo templaba bajo sus pies debido a la conmoción de la noticia. Felipe se sentía culpable por no haber estado con ella cuando fue atacada y Gabriela porque no pudo hacer nada más para salvarla.

Capítulo 4

Capítulo 4

Felipe era el Archiduque de Agua Azul desde hace un año. Después de una larga enfermedad, su padre falleció a los 67 años dejándole el título a su primogénito y único hijo. Desde que asumió su título, Felipe tuvo que hacerse cargo de todos los negocios de su padre, aunque debido a la enfermedad que este tenía ya lo hacía desde hace mucho tiempo, simplemente ahora lo haría de forma oficial. Su madre Ernestina, quien era una mujer fría al igual que su padre, le ayudaba en todo lo que podía para que su hijo siguiera los mismos pasos que Leopoldo. No obstante, su mayor ambición era verlo convertido en rey de Agua azul. Aprovechando el título que poseía, tanto Leopoldo como Ernestina querían que su familia tuviera aún más clase de lo que ya tenían al ser los archiduques de Agua Azul, por lo que el compromiso de su hijo Felipe con Leonor era la meta más alta que tenían. Sin embargo, eso no le interesa a él.

Felipe se consideraba un hombre pragmático y responsable. Si bien había aceptado el compromiso impuesto por sus padres, no estaba muy convencido que su matrimonio funcionara con Leonor. A pesar que se llevaran bien, no eran cercanos… ni siquiera amigos. Jamás se habían besado por lo que la presencia de atracción sexual estaba descartada.

Claramente, y por su condición, Felipe tuvo que mantener sus relaciones amorosas en un perfil bajo tanto de la prensa como del propio reino, y aunque escogía con suma delicadeza a sus amantes, siempre se aseguró que, al término de su relación, éstas no se hubieran enamorado de él. Por un momento, llegó a pensar que Leonor se había enterado de algo relacionado con su vida amorosa y que por eso había cancelado su compromiso, pero ahora ya estaba seguro de la razón.

Después de la noticia de su muerte, Felipe estuvo en el hospital por horas. Ni siquiera se dio cuenta que la mujer que estaba con Leonor, Gabriela, se había marchado. Cuando se dio cuenta de aquello, por un instante, lo molestó, pero no podía reprochárselo, al fin y al cabo, no era culpa suya lo ocurrido.

Siguiendo los protocolos reales, y dadas las condiciones de la muerte de Leonor, no era necesario pedir que le aplicaran autopsia. Por lo que solo quedaba pedir que se iniciara oficialmente la investigación sobre el asesinato de la princesa y futura reina de Agua Azul en el aquel país. Sin

embargo, antes de hacer eso, tenía que entregar la peor noticia.

En estos momentos, que iba en el avión regreso a Agua Azul, Felipe recordaba la difícil llamada que tuvo que realizar al rey Maximiliano. En el silencio permanente del rey detrás de la línea telefónica, Felipe comprendió el dolor que estaba sintiendo en aquellos momentos. Maximiliano, se caracterizaba por ser un rey duro y justo, pero eso no significaba que fuera un hombre frío. Amaba a Leonor y con toda seguridad, estaba sufriendo tanto o más cuando se enfrentaron a la muerte de la reina.

Felipe no esperara a que el rey tomara las decisiones en aquel momento, por lo que su secretario Pierre, estuvo al mando de todo aquello siguiendo los protocolos que regían a Agua Azul. Por más que la muerte se produjera en otro país, el cuerpo debía viajar sin ninguna demora para recibir los honores que dictaba el protocolo. Por eso, Felipe, que ya estaba aborde del avión real, llevaba el cuerpo de Leonor para que el pueblo de Agua Azul le diera el último adiós.

Cerró los ojos mientras intentaba descansar un poco antes de aterrizar en Agua Azul, pero su mente no dejaba de vagar. Todo aquello había sido tan repentino y extraño. La desaparición de Leonor, sus viajes repentinos por varias partes del mundo y su muerte… Felipe estaba seguro que todo debía estar conectado. ¿Estaría escapando de alguien? Pero si era así, ¿Por qué habría huido de los guardaespaldas que por obligación debía tener? Aquello no tenía ni pies ni cabeza.

Justo en ese instante, recordó a la mujer del hospital, Gabriela. ¿Por qué Leonor estaba en aquel cementerio? ¿Acaso tenía alguna relación el parecido de aquella mujer con la reina Catalina? Era imposible que Leonor no hubiera notado aquel parecido, era impresionante, si hasta él pensó por un momento que estaba frente a la reina.

"–¿Por qué Leonor estaba visitando la tumba de tus padres?

–No lo sé, creo que me lo iba a decir, pero no alcanzó porque…

–Porque fue herida."

Felipe estuvo rondando en su cabeza aquel breve dialogo que mantuvo con Gabriela, hasta que recordó cuando le entregó el bolso que llevaba Leonor. Tal vez entre sus cosas podría tener una respuesta a aquel puzle que se había formado. Cuidadosamente, revisó su pasaporte y sus documentos de identidad. Al parecer todo estaba en orden, pero lo que le llamó más la atención fue una libreta donde se había papeles doblados por la mitad haciendo que esta se viera abultada.

Comenzó a ojearla en busca de respuestas, pero más que respuestas, aparecieron más interrogantes. Comenzó a leer lentamente cada documento que encontró hasta los análisis de sangre que Leonor llevaba consigo. A simple vista, Felipe no entendía absolutamente nada, pero leyó las conclusiones que aparecían al final de cada hoja donde señalaba claramente que Leonor no tenía ningún parentesco con los reyes de Agua Azul. Si Leonor no era a verdadera heredera…

–¿Quién es la hija de Maximiliano y Catalina? –Se preguntó Felipe en un susurro.

Capítulo 5

Capítulo 5

Reino de Agua Azul

Marcaban las 3:30 A.M. cuando bajó al primer piso a buscar un vaso de agua. Al despertar tenía tanta sed que se extrañó no encontrar agua en el jarrón que siempre mantenía en su velador. Al parecer a sus sirvientes se les había olvidado aquel pequeño detalle que siempre debían mantener. "Ya se las arreglaría con ellos cuando amaneciera", pensó. Por lo pronto, no le quedaba más remedio que ir directamente a la cocina.

No quiso encender ninguna luz para iluminar el camino. Había vivido por tanto tiempo en aquel lugar que ya lo conocía de memoria. Mientras caminaba pensó en todo lo que había ocurrido en las últimas 48 horas, su plan había fracasado estrepitosamente. Jamás había querido que la muerte de Leonor ocurriera de esa forma, solo quería darle un pequeño escarmiento. Necesitaba a toda costa hacerla volver antes que descubriera la verdad sobre su origen, pero la muy idiota se había logrado zafar de sus guardaespaldas. Ahora más que nunca, necesitaba tiempo para reamar su plan y comprobar que había averiguado.

Jamás pensó que las cosas se truncarían de tal forma. Una vez que llegó a la cocina y pudo saciar su sed, se dirigió a su despacho, después de tanta caminata se le había espantado el sueño. Cuando llegó, se sentó en el asiento detrás del escritorio. Aprovechando la oscuridad que reinaba en la habitación, comenzó a pensar de lo ocurrido durante ese tiempo.

Todo comenzó hace 25 años cuando descubrieron que Catalina estaba embarazada. Después de tantos intentos al fin había logrado tener un hijo, quien sería el heredero perfecto para la sucesión del trono de Agua Azul. No obstante, aquella situación no le convenía, por eso planeó meticulosamente alguna manera para arruinarles la vida a Maximiliano y Catalina. Gracias a su posición, tenía libre acceso al palacio y a los reyes, por lo que nadie sospechó que continuamente y durante los últimos meses de embarazo de Catalina le estuvo suministrando una hierba especialmente peligrosa para las embarazadas para que acelerara el parto. Obviamente, en pequeñas dosis para que así su médico no se diera cuenta de nada.

Sin duda, fue una suerte cuando el parto se le adelantó mientras visitaban Italia. Sin las medidas de seguridad que hubieran mantenido en el palacio, fue bastante sencillo colarse en el ala de maternidad del hospital de Florencia. No obstante, la guinda del pastel había sido que mientras Catalina tenía a su hijo, una mujer en las mismas condiciones también estaba dando a luz. Gracias a su inventiva, se le ocurrió hacer el cambio de los bebes recién nacidos, donde la vida de la niña de aquella mujer se convirtió en ser la heredera al trono de Agua Azul.

Durante muchos años, vio como Leonor crecía en una familia que no le pertenecía, mientras que la legitima heredera estaba quien sabía dónde, muy lejos de allí. Pero como en esta vida todo se descubre, Leonor comenzó a tener sospechas sobre su verdadero origen y no tardó en unir cavos. No sabía a ciencia cierta, si ella estaba en la línea correcta en su investigación, solo sabía que no se podía arriesgar… no por el momento. Por esa razón, había contratado al mismo hombre que realizó el cambio de los bebés en Florencia hace muchos años.

Las órdenes eran claras. Tenía que darle un escarmiento a Leonor para obligarla a volver a Agua azul. Era la única forma de tenerla vigilada. Además, aun no era tiempo que todos en el reino supieran el verdadero origen de Leonor, sin embargo, el muy idiota la había matado. No sabía cómo, pero debía hacer un cambio de planes. No por nada había esperado todos aquellos años para dar en marcha con la segunda parte de su plan.

En ese momento, tuvo la sensación de que alguien estaba escondido en el interior del despacho. Por un instante, pensó en activar la alarma, sin embargo, pensó que si se trataba de un ladrón este ya le habría hecho daño, por lo que le quedaba otra opción…

–¿Qué haces aquí? –preguntó en voz alta.

–EL hombre que permanecía en la penumbra salió de su escondite que le ofrecía la oscuridad exponiéndose a la luz de la luna llena que entraba por uno de los ventanales.

–Vine a contarle lo que ocurrió en Chile.

–Ya no es necesario. ¿Acaso pensaste que no me enteraría tan pronto?

–Supongo que la noticia ya se debe de haber desperdigado por todos los medios de comunicación.

–Así es. ¿Alguien te vio?

–No. No había mucha gente en aquel lugar, solo había una joven junto a la princesa, pero cuando le disparé solo se preocupó por Leonor. Además,

utilice un silenciador.

–Está bien. No obstante, por el momento quiero desaparezcas. Ya te llamaré cuando necesite de tus servicios.

–De acuerdo.

–Quiero que seas discreto. No tienen que verte cerca de mí. Yo te avisaré por el medio habitual cuando deberás regresar. Por lo pronto, y aunque no hayas cumplido con lo que te pedí, el dinero ya está en tu cuenta.

–Gracias.

–Quiero que seas discreto.

–Descuide, no le fallaré.

Vio como el hombre que había dado muerte a Leonor salía del despacho con el sigilo de un gato. No dudaba de que este se mantendría oculto, no por nada lo había contratado hace 25 años. Ahora necesitaba ver cómo podría volver a su plan inicial.

Capítulo 6

Capítulo 6

Había dado órdenes expresas que no debía ser molestado. En la tranquilidad de aquella habitación que había compartido con Catalina durante tantos años podía darse el lujo de ser él mismo y no el rey de Agua Azul. Desde que murió su esposa sintió que su vida quedaba totalmente a la deriva, pero tenía el consuelo que Leonor sería el capitán perfecto que podría dirigir y aliviar, aunque se un poco, la pena que le aquejaba, pero ahora eso ya no podría ser posible. Acababa de enterrar a su propia hija en el mausoleo real que estaba en el ala oeste del castillo.

Desde la muerte de Catalina, vio a Leonor un tanto extraña con su comportamiento. Estaba distante… no solo con él, sino que con todos en general. La mujer que había sido su niñera desde pequeña también se había dado cuenta de esta nueva actitud que había tomado, y a pesar de que intentó hacérselo saber, Leonor no dijo absolutamente nada. Maximiliano, pensó que se debió a la muerte de su madre, pero después de los meses del deceso de Catalina, las cosas no cambiaron. Intentó darle espacio a su hija para ver qué pasaba, pero sus obligaciones como monarca de Agua Azul le había impedido estar al pendiente de ella.

Para todos fue una sorpresa, cuando Leonor le anunció que no se casaría con Felipe. Durante todos los años en los que estuvieron comprometidos jamás expresó su inconformidad con el asunto. Por un momento, llegó a pensar que su hija se había enamorado de otra persona. Si ese era el caso, él no tendría ningún problema en evaluar la situación, sin embargo, cuando le preguntó esta no le respondió. Solo dijo que se sentía agobiada y que necesitaba espacio. Al dárselo, jamás imaginó que las cosas terminarían de esta forma.

Ahora estaba solo en aquel enorme palacio, sin la sonrisa de su niña amada. ¿Qué sería de su vida de ahora en adelante? Por más que su corazón estuviera sangrando, sabía que tenía que continuar dirigiendo Agua Azul. Además, estaba seguro que el parlamento ya estaría revisando la línea de sucesión para que ver quién era el primero en asumir el mando como monarca una vez que él partiera. Cuando tuvo a Leonor junto a Catalina, ninguno de los dos eran los jovencitos que se habían casado. Ahora a sus 73 años veía muy difícil concebir otro hijo.

Maximiliano se sentó en la orilla de la enorme cama que había en la mitad de la gran habitación. Cubrió su rostro con sus manos mientras intentaba bloquear cada recuerdo que había vivido con Leonor una vez que llegó al palacio desde Chile. Todos les habían pedido que no era necesario que

viera su cuerpo sin vida, al fin y al cabo, Felipe ya había hecho ese trabajo, pero él no podía dejarla partir sin antes ver a su pequeña niña. Era lo único que necesitaba en esos momentos. Cuando abrieron el ataúd, pudo ver su rostro pálido. Por un instante, pensó que no se trataba de Leonor, pero cuando fueron pasando los minutos pudo reconocer algunas de sus facciones. Intentó tocarla, pero el vidrio que tenía el ataúd se lo impidió. Tal vez era lo mejor, pensaba ahora Maximiliano. Aun así, Loreta, la niñera de Leonor, fue quien se encargó de vestir el cuerpo sin vida de su hija. Si bien el ataúd debía permanecer cerrado mientras se realizaban las ceremonias correspondientes, el protocolo real decía que debía estar vestida acorde a su título.

Maximiliano sabía que aquella tarea debió ser muy difícil para la mujer, considerando la edad que tenía, pero aun así ella no quiso delegar aquello a nadie más. Loreta expresó entre un mar de lágrimas que nadie tocaría a su niña excepto ella. Ante esa objeción, no le quedó más remedio que aceptar.

Leonor era querida por todos los habitantes de Agua Azul. Desde pequeña se le instruyó que su nación debía ser tu gran prioridad, no obstante, eso no significaba que debía olvidar su corazón. Por muchas decisiones que tuviera que tomar en el camino tenía que tener claro una sola cosa, como futura monarca la felicidad y el bienestar del reino debía ser fundamental. No por nada eran una de las pocas naciones con monarquía que su aún mantenían el control total de sus tierras. Por supuesto, su hija había entendido a la perfección todo el asunto, pero dado los últimos acontecimientos, Maximiliano se preguntaba si Leonor realmente lo había llegado a comprender. Tal vez era una pregunta que nunca tendría una respuesta. Sin embargo, por el momento lo único que debía preocuparle era encontrar al verdadero responsable de la muerte de su hija.

Si bien la pena que aquejaba su corazón era algo inexplicable, tenía que ser fuerte para lo que se venía a continuación. Según había podido conversar con Felipe y con sus jefes de seguridad, las medidas se habían triplicado en el palacio. A pesar que el atentado contra Leonor había ocurrido en otro país, no descartaban que se tratara de un aviso para la corona. Todos los meses recibían al menos 20 amenazas de muerte por parte del estado islámico, como ocurría en otras naciones y a pesar de las medidas, no contaban con la lucha interna que al parecer tenía Leonor. Sin lugar a dudas, aprovecharon aquella situación para atacar a Agua Azul donde más le dolía.

Tampoco ayudaba que la salud del rey fuera deteriorándose cada día que pasaba. A sus 73 años el corazón de Maximiliano no estaba en buenas condiciones. La cardiopatía que tenía incrementaba día a día, y los medicamentos que le ayudaban a controlar la situación no eran de mucha ayuda. Así se lo había informado su cardiólogo en una revisión exprés que

le realizó antes del entierro de Leonor.

"–No puede recibir impresiones muy fuertes, majestad o en cualquier minuto tendrá un infarto que puede ser fatal.

–¿No cree que eso es mucho pedir doctor? En mis condiciones actuales recibo noticias fuertes a diario. Le recuerdo que dirijo una nación".

Maximiliano sabía que ante ese argumento su doctor no insistiría más. Además, tampoco podía delegar sus funciones considerando que Leonor ya no se encontraba.

En ese instante, sintió como golpeaban la puerta de su habitación. Por unos segundos pensó en no contestar para que pensaran que estaba dormido, pero no podía hacerlo. Antes de ser un padre llorando la muerte de su hija, era un rey, por lo que debía de asumir sus responsabilidades. Tomándose su tiempo se dirigió a la puerta para abrirla el mismo.

Al otro lado se encontraba Felipe un tanto melancólico por todo lo ocurrido aquellos días. En su rostro se podía notar las ojeras marcadas debajo de sus ojos cafés dándole un toque peligroso en la mirada.

–Felipe…

–Su majestad, disculpe que me atreva a molestarlo, pero necesito hablar con usted.

–Por supuesto, pasa hijo.

Cuando Felipe descubrió la verdad sobre el origen de Leonor cuando iba a bordo del avión, no pensó cuando debía ser el momento oportuno para comunicarle al rey de aquella noticia. Ni siquiera sabía si todo lo averiguado por Leonor era real o una broma de mal gusto, por mientras que el palacio se hacía cargo de organizar las ceremonias de responso para Leonor y su entierro, decidió hacer el mismo aquellas averiguaciones antes de poder hablarlas con alguien. Durante aquellos días se le había visto poco en el palacio solo asistía a las ceremonias oficiales por el descanso eterno de Leonor para que no hubiese especulaciones, pero su mente en vez de estar con el dolor de la familia de su prometida, estaban en los documentos que había encontrado.

¿Cómo fue posible que se cometiera tal error en aquel hospital en Florencia hace 25 años? Las cosas no le cuadraban en la cabeza de Felipe, todo parecía indicar que un error por parte del hospital y que ninguna de las dos familias se dio cuenta absolutamente de nada. Ahora y lo extraño de todo aquello, era que una de las familias involucradas era precisamente la familia real de Agua Azul. ¿Acaso tenía algo que ver con la posición de los reyes en aquella época? No sabía si fue algo planeado o

una mera casualidad, pero de lo que sí estaba seguro era que Maximiliano tenía que saber toda la verdad. Era su deber como ciudadano de Agua Azul informar a su rey. El problema estaba en que Maximiliano estaba enfermo y no sabía cómo se podría tomar aquella noticia.

–¿Qué ocurre? –Preguntó Maximiliano mientras cerraba la puerta de su alcoba. –No sueles venir a esta parte del palacio.

–Lo lamento, pero créame si le digo que lo que tengo que decir es urgente. No me atrevería a molestarlo en estas condiciones si fuera de otro modo.

–Me estas asustando muchacho. Vamos a la terraza para poder conversar mejor.

Maximiliano abrió unos enormes ventanales que daban acceso a un gran balcón donde había unos sofás bastantes cómodos. Antes de la muerte de Catalina, solía estar en aquel lugar para poder ver las estrellas junto a su esposa. Era un ritual de cada noche. Guio a Felipe para que se sentara. Este observó a todas partes buscando alguna señal que le alertara que no era un lugar confidencial para charlar con el rey de Agua Azul. Maximiliano se dio cuenta de inmediato la reticencia de Felipe.

–No te preocupes. Aquí nadie podrá escucharnos, si es eso lo que te preocupa.

–Lo que debo de decirle es algo delicado.

–¿Tiene que ver con muerte de Leonor?

–Algo por el estilo. La verdad no lo sé a ciencia cierta.

–¿Qué quieres decir?

–Creo saber porque Leonor estaba en Latinoamérica. La mujer que estaba con Leonor cuando fue atacada, me entregó las pertenencias que llevaba. Ahí pude encontrar unos documentos que tal vez nos digan la razón de su estado estos últimos meses.

Felipe le entregó los papeles a Maximiliano esperando encontrar algún tipo de reconocimiento en su rostro. Solo pasaron unos pocos minutos para que el rostro del rey se desencajara completamente. Leonor no era su hija biológica.

–Pero ¿Qué significa todo esto? –Susurró Maximiliano, esperando que alguien le dijera que todo era una cruel broma.

–Al parecer y por lo que averiguó Leonor, no era hija de usted ni de la reina Catalina. Todo parece indicar que su verdadera hija fue cambiada al nacer.

–Imposible. Aquella noche yo estaba ahí.

–Lo sé, pero según las averiguaciones que Leonor hizo y las que yo comprobé en esta semana, todo parece indicar que sí ocurrió. El hospital cometió un error entregándoles al bebé incorrecto.

–Pero, si eso es verdad… entonces ¿Quién es mi hija?

–Creo que esa era la interrogante de Leonor, además… de quien eran sus verdaderos padres.

–¿Cuándo descubrió todo esto?

–Por las fechas de los exámenes todo parece indicar que fue cuando la reina estaba enferma.

–Con razón estaba tan rara después de la muerte de Catalina.

–Así es, también creo que fue la razón por la que canceló nuestro compromiso.

–¿Y crees que por eso estaba en Chile? ¿Por qué había encontrado a sus padres biológicos? –Preguntó Maximiliano comenzando a hiperventilar.

–Puede ser, según Gabriela, Leonor estaba visitando la tumba de sus padres. Estuvieron conversando durante unos minutos cuando Leonor le pidió si podían conversar en privado. Cuando iban saliendo del cementerio le dispararon.

–Dios mío…

Felipe no estaba seguro de continuar con la verdad. Veía que Maximiliano había envejecido aún más con la noticia, no quería que comenzara a sentirse mal por su culpa.

–Mi niña… mi preciosa niña… ¿Estas… estas seguro que aquella familia que estaba en el cementerio eran los padres de Leonor?

–No sabría decirle. Pero hay algo que debe saber. Cuando llegué al hospital estaba esa mujer Gabriela, esperando información por el estado de Leonor. Al verla… se parecía demasiado físicamente a la reina Catalina cuando era joven. Lo sé por las fotografías que hay en el palacio.

–Entonces… aquella muchacha puede ser…

–Eso creo.

–Necesito verla, Felipe. Tienes que traerla a Agua Azul de inmediato.

–Pero… ¿Esta seguro? Existe una probabilidad de que ella no sea nada de usted.

–Tal vez… pero necesito verla. Ya había tomado esa decisión cuando supe de la muerte de Leonor, quería conocer de primera mano su versión de los hechos, pero con lo que me acabas de decir… Por favor Felipe.

Los ojos de Maximiliano estaban llenos de lágrimas no derramadas. Eso desarmó por completo la voluntad de Felipe.

–Está bien. –Accedió Felipe. –Pero creo que debemos hacerlo discretamente. No sabemos si ella es su verdadera hija, pero con toda seguridad se puede afirmar que Leonor no lo es. ¿Se imagina las repercusiones que traería eso consigo?

–El parlamento…

–Exacto. Si queremos evitar que haya una especie de guerra civil en Agua Azul debemos actuar con prudencia y discreción.

–Tienes razón, Felipe. Quiero que te hagas cargo de todo.

–De acuerdo. Volaré a Chile y traeré a Gabriela ante usted.

Capítulo 7

Capítulo 7

Gabriela estaba en su departamento escuchando las noticias que provenían del televisor mientras cocinaba. Durante las últimas semanas, todo Chile se había vuelto loco con la muerte de la princesa heredera, Leonor de Évreux. En cada noticiero y matinal hicieron un montón de reportajes sobre su vida y la de los reyes. En el fondo, Gabriela se esperaba que ocurriera algo así. Al fin y al cabo, jamás había ocurrido un asesinato de esa envergadura en el país y menos en un cementerio, y para que decir sobre la protagonista. La ciudad completa de Los Ángeles se había sumido en un tremendo caos por haber sido el escenario de tremendo crimen. La única ventaja que contaba fue que su nombre siempre se mantuvo en el anonimato… hasta para la prensa.

Gabriela estaba segura que aquello se trataba de los resguardos que tuvieron que tomar el mismo gobierno chileno en conjunto con la del reino de Agua Azul. Con el fin de mantener herméticamente como sería el procedimiento de la investigación que se estaba llevando a cabo para buscar a los verdaderos culpables de la muerte de Leonor.

No sabía cuánto tiempo podía durar una investigación como aquella. El único antecedente que tenía era la muerte de la princesa Diana de Gales, y aunque muchos afirmen que su muerte fue un accidente, hasta el día de hoy, se escuchan investigaciones y peritos sobre aquel día. Por lo tanto, no dudaba que tal vez hicieran lo mismo con Leonor. Si bien no habían mencionado su nombre, estaba segura que, en algún momento, vendrían a buscarla para dar su declaración oficial y estaba segura que en esa ocasión no podría continuar con el anonimato que estaba gozando en aquel momento.

Todo el mundo la acosaría para conocer los detalles de lo ocurrido y la verdad, no estaba preparada para enfrentarse a aquello. Aún tenía grabado en su memoria el rostro del médico que les dio la noticia a ella y a Felipe sobre la muerte de Leonor. Fue devastador.

Si bien aquel hombre nunca se presentó, lo que Gabriela comprendió muy bien, con los reportes que se hicieron, descubrió su verdadera identidad. Se trataba de Felipe Archiduque de Agua Azul, prometido de Leonor y próximo rey consorte. Comprendía a la perfección que no se hubiera presentado ante ella. En esos momentos, lo primordial era la salud de Leonor.

Una vez que recibieron la noticia, Gabriela quiso poder consolarlo, pero comprendió que, en esos momentos, lo que él necesitaba era estar a solas. Ella comprendía perfectamente lo que era perder a un ser amado y que, por más apoyo que una persona quiera dar, a veces es mejor estar a solas. Por eso, se alejó de Felipe para que pudiera llorar tranquilo la pérdida de su prometida.

Inconscientemente, Gabriela se imaginó abrazando a Felipe consolándolo por la pérdida de Leonor. Sin embargo, cuando fue consciente de la imagen que se había formado en su cabeza, cerró los ojos y negó rápidamente moviendo la cabeza intentando borrarla. Era una estupidez de su parte pensar aquello. Estaba segura de que se trababa por ese momento de locura que vivió cuando lo conoció. Ser consciente de lo guapo que era le había alterado las neuronas y las hormonas.

En ese momento, el cuchillo que estaba utilizando pasó a rozar uno de sus dedos provocando un ligero corte. Inmediatamente abrió el grifo del agua para remojar el dedo y así cortar la sangre, mientras maldecía en silencio por lo descuidada. Una vez que considero conveniente, sacó su dedo bajo el agua y examinó el corte.

–Por lo menos no es profundo –dijo es voz alta.

Se dirigió al baño donde tenía un boquitín de primeros auxilios para ponerse una bandita en la herida. Mientras estaba allí escuchó sonar el timbre de la puerta. Extrañada, guardó el boquitín en su lugar antes de ir abrir. No esperaba visitas aquel sábado así que no tenía ni la menor idea de quién podía ser.

Cuando abrió la puerta quedó anonadada por la presencia de su visita inesperada. La última vez que había visto a Felipe, este vestía de una forma bastante más causal que ahora, que llevaba un traje negro de dos piezas ajustado a la medida. Si bien hace unos momentos había pensado en que tendría que enfrentarse a lo sucedido con Leonor, no esperaba tener que hacerlo tan pronto. Tampoco esperaba hacerlo frente a Felipe archiduque de Agua Azul.

–Hola. –Saludos Gabriela mientras tragaba saliva. No sabía si su nerviosismo se debía a las razones de la visita de Felipe o simplemente por su presencia.

–Buenas tardes. ¿Puedo pasar?

Gabriela abrió más la puerta para que Felipe entrara. No supo por qué, pero quedó observando el pasillo desierto esperando ver a los mismos hombres que lo acompañaban cuando había estado en el hospital. Al

parecer en esta ocasión venía solo.

Cuando Felipe llegó una vez más a Chile, pensó que tendría una ardua tarea por delante y no se equivocó. Por mandato del rey era el encargado de las averiguaciones que se estaban realizando en el país sobre la muerte de Leonor, pero lamentablemente estas no estaban dando buen fruto. Hasta el momento, había pocos testigos del asesinato y la persona clave que había presenciado todo no podía ser interrogada después de las órdenes expresas del rey. Nadie hablaría con Gabriela Martínez hasta que el rey ordenara lo contrario. Lamentablemente, Maximiliano no estaba pensando en que el Chile tenían sus propias leyes y procedimientos policiales para proceder. Felipe estaba haciendo lo humanamente posible para poder retrasar aquello, pero estaba seguro que no podría dilatarlo por más tiempo. Por eso y por las últimas órdenes que recibió del rey se había acercado a Gabriela. Además, tenía muy claro cuál era su objetivo al ir a buscarla tal y como el rey le había exigido, tenía que llevarla frente a Maximiliano. No obstante, estaba seguro que ella pediría explicaciones antes de acceder.

–Lamento el desorden, pero estaba en la cocina. ¿Quieres algo de tomar?

Felipe miró a su alrededor. El lugar donde vivía Gabriela era bastante humilde y sencillo. Solo había uno libros y periódicos revueltos en la mesa de centro que tenía, pero fuera de ese detalle el departamento lucía impecable.

Siguiendo las pesquisas que había dejado Leonor, había averiguado parte de la vida de Gabriela a través de las investigaciones que se hicieron de ella. Era una profesora de español que ganaba lo suficiente para poder mantener aquel departamento, sus padres, tal y como ella le había comentado en el hospital, habían muerto. Su madre murió producto de una enfermedad y su padre unos meses más tarde en un accidente en la carretera. Era una mujer sencilla que no poseía deudas, excepto la que mantenía con el estado chileno cuando estudió en la universidad. El departamento era de ella, herencia de su padre al morir; y no mantenía algún tipo de la relación sentimental por el momento. No supo porque, pero aquella información le agradaba.

–No te preocupes. No quiero nada, solo quería conversar contigo.

Confirmando sus pensamientos, Gabriela asintió con la cabeza.

–Creo que me puedo imaginar de que quieres hablar. Por favor toma asiento –le pidió mientras ella también se sentaba.

–¿A sí? –Felipe parecía interesado ante el comentario de Gabriela.

–Claro. Han pasado dos semanas desde… desde lo que ocurrió así que estoy segura de que quieres saber a ciencia cierta lo que yo vi.

–Cuando estuvimos en el hospital, solo comentaste que encontraste a Leonor en el cementerio.

–Así es. La verdad es que todo fue bastante extraño… desde que la vi caminando me causó curiosidad. Si bien Los Ángeles en una ciudad grande, y no conozco a todos sus habitantes, pude darme cuenta de que ella no era de aquí. Creo que solo fue una corazonada.

–Tal vez.

–La verdad es que no sé porque ella estaba visitando la tumba de mis padres, incluso después de lo que pasó aquel día he estado pensando que tal vez ella me lo iba a decir cuando me pidió conversar. Por eso estábamos saliendo del cementerio, no dirigíamos a un restaurante que estaba cerca, pero no…

–Ya me imagino el resto.

–Sí. No vi quien le disparó. Todo ocurrió tan deprisa que no tuve tiempo de mirar a mi alrededor. Lo lamento.

–No te preocupes, ya la policía se está encargando de averiguarlo.

–Sé que tengo que dar mi declaración, he visto las noticias y he visto hablan de una mujer que estaba con Leonor aquella tarde… sé que refieren a mí, y ahora que estas aquí quiero darte las gracias por haberlo mantenido en el anonimato. He visto cómo sus vidas se han transformado por lo ocurrido. No me gustaría tener que pasar por aquello.

“Si tú supieras” pensó Felipe.

–No hay de qué, pero hasta el momento he intentado que tu nombre no se filtre, pero no es algo inevitable.

–Entiendo…

Gabriela esperaba que su nombre no se podría esconder más tiempo. Lo único que podía esperar a que la prensa la dejara tranquila cuando supieras que ella no había visto nada del ataque.

–Gracias por contarme todo esto.

–No te preocupes. No esperaba volver a verte después de aquel día, pero

me alegro de hacerlo para contarte lo poco y nada de lo que vi.

–Has sido testigo del circo que montó la prensa en Agua Azul.

–Sí, entiendo que Leonor era una princesa muy querida no solo por Agua Azul, sino que, por varios, alrededor del mundo, así que era lógico que la prensa usara su muerte para hablar de lo que se les ocurriera. Sin pensar en el dolor que estaban sintiendo ustedes como familia de Leonor.

–Entiendes muy bien el dolor que se está viviendo en la familia real.

–Por su puesto. No conozco al rey, pero puedo comprender el dolor que una persona siente cuando muere un familiar. Si para mí fue doloroso perder a mis padres, no me puedo imaginar lo que debe ser para él perder a una hija.

–Es bastante duro.

–Por lo que salía en los reportajes te mencionaban a ti. Decían que hace poco tú también perdiste a tu padre así que también debes comprender aquel sentimiento.

Felipe quedó en silencio mientras las palabras de Gabriela hacían eco dentro de su cabeza. Es verdad que la muerte de su padre había sido un duro proceso, ahora que lo pensaba el sentimiento que sintió al momento de su muerte no lo podía describir como un gran dolor. Su padre era… frío y muy distante con él. Felipe creía que en el fondo de su corazón tal vez llegó a sentir amor por él, a su manera… Dejó aquellos pensamientos para en un rincón de su cabeza y de su corazón. Era algo que tendría que analizarlo más adelante, por el momento tenía una misión que cumplir.

–Gabriela, a pesar de que aprecio que me hayas contado lo que hizo Leonor en el cementerio, quiero pedirte dos cosas.

–Claro.

–Una, como ya te lo imaginaste es que me acompañes para que puedas dar tu declaración. Por petición del rey, la policía chilena ha estado postergando tu interrogatorio, pero ya no se puede hacer más.

–Lo comprendo, y lo haré encantada. –Interrumpió Gabriela.

–Gracias. Lo segundo que quiero pedirte es que me acompañes al reino de Agua Azul. El rey quiere hablar contigo.

Gabriela quedó muda ante la petición de Felipe. La única pregunta que formulaba su cabeza era ¿Por qué? Pero no se atrevió hacerla en voz alta

por miedo a conocer la respuesta.

Capítulo 8

Capítulo 8

Había pasado una semana desde que había recibido la visita de Felipe en su departamento. Tal y como le había pedido, había ido a rendir su declaración ante la policía y ante el comandante quien estaba a cargo de la investigación de la muerte de Leonor. Por lo delicado de la situación, Gabriela no podía decir que habían sido rudos con ella al momento de interrogarla, pero sí que no había sido cómodo. Jamás en sus 25 años había tenido que rendir declaración por algún crimen o robo. Incluso cuando murió su padre en aquel accidente, se relacionó más con los médicos que le practicaron la autopsia que con la policía. Por lo que aquella experiencia todavía le erizaba la piel.

Después de que Felipe se fuera de su departamento, tomó una ducha fresca para analizar todo ocurrido. Habían quedado ir el mismo día a rendir su declaración, por lo que necesitaba estar lista en al menos dos horas. Por lo que le había dicho, Felipe tenía que ir a otro lugar antes de pasarla a recoger, así que no le quedaba más remedio que arreglarse. No sabía porque estaba tan nerviosa, tal vez por el hecho inminente que se enfrentaría a un interrogatorio y tendría que revivir los sucesos ocurridos aquella tarde. Mientras dejaba que agua corriera por su rostro y el resto de cuerpo intentaba retener en su memoria cada pensamiento relacionado cuando conoció a Leonor. Lo que hablaron, como actuaba aquella tarde, todo.

Tener que revivirlo no fue sencillo. A pesar de que su cerebro intentó no olvidar ningún detalle, se sintió conforme cuando puso todas las imágenes y las palabras dichas en orden. Conforme con lo logrado comenzó a arreglarse para esperar a que Felipe apareciera de nuevo en su casa. No tuvo que esperar demasiado, se dio cuenta que él era un hombre bastante puntual, tal vez porque es de la realiza, pensó. Aun así, le agradó esa parte de él, a Gabriela no le gustaba las impuntualidades por lo que cuando apareció se fueron inmediatamente.

Al salir del edificio Gabriela no había pensado en el medio de transporte que utilizarían para visitar la policía. Estaba más que dispuesta a ofrecerle a Felipe su propio vehículo de segunda mano, pero no estaba segura que fuera un medio de transporte adecuado para alguien de su nivel. Sin embargo, no alcanzó hacer ningún tipo de comentario al respecto puesto que en la entrada de su edificio había un auto negro con los vidrios polarizados. Gabriela no tenía idea de marcas de automóviles, pero estaba

segura que este sería del año por la condición social que poseía Felipe en Agua Azul. Buscó en las esquinas del vehículo algún tipo de bandera, pero no se apreciaba ninguna. Un hombre, de aproximadamente 60 años se aproximó a ellos para abrirle la puerta trasera. Caballerosamente Felipe la instó a subir primero al ponerle una mano en su espalda.

Gabriela no sabía que esperar. Los asientos de cuero negro le daban un toque bastante elegante. Sin embargo, aquella exclusividad y elegancia le estaba intimidando de sobre manera. Nunca se había considerado una mujer tímida, pero jamás pensó vivir una situación como aquella. Permaneció en silencio la mayor parte del camino mientras Felipe hacia unas llamadas en italiano. Al no entender el idioma, dejó que su mente vagara por las calles de su querida ciudad. Una vez que todo aquello terminara podría volver a la normalidad. En ese momento, recordó la petición que le había hecho Felipe. Visitar al rey de agua azul.

Quería comprender por qué el rey quería verla. Tal vez para encontrar una explicación razonable de la visita de Leonor. Pero era escasa la información que podía ayudarle al rey, más bien tendría que interrogar a las personas que estuvieron con Leonor antes de partir a Chile. La verdad es que habías muchas cosas que no le hacían sentido a Gabriela, tenía planeado preguntárselas a Felipe, pero no estaba segura que se las respondiera, al fin y al cabo, ella solo era una testigo ocular de los acontecimientos y nada más.

No se dio cuenta cuando el auto se detuvo frente a la estación de policía, Felipe, que ya había colgado el teléfono, la observaba con curiosidad. Tomándole la mano la sacó de la profundidad de sus pensamientos.

–Hemos llegado. –Le avisó.

Gabriela le costaba acostumbrarse a la voz profunda que tenía Felipe, por lo que cada vez que lo oía no podía evitar sentirse nerviosa. Jamás en su vida había conocido a un hombre como él, y obviamente de su condición social.

Asintió con la cabeza mientras el chofer le abría la puerta. Bajó rápidamente esperando borrar sus últimos pensamientos; y funcionó. La majestuosidad del edificio que tenía al frente de ella la hizo olvidar hasta el motivo que la llevó a estar ahí de pie.

Si había pasado muchas veces por afuera de aquel lugar, jamás le había prestado la debida atención. Sus puertas estaban hechas de vidrio que tenían el escudo oficial que los caracterizaba como institución. Policía de Investigaciones de Chile, más conocido como PDI. Suspirando, tomó valor mientras caminaba hacia el interior en compañía de Felipe.

Hombres y mujeres se pasean por todo el lugar al interior. Algunos iban conversando con sus respectivos compañeros, otros simplemente iban con un montón de carpetas en sus manos. Era un mundo totalmente desconocido para Gabriela a pesar de vivir en el mimo país. Se acercaron a un mesón donde había un policía hablando por teléfono. Al verlos se despidió de su interlocutor inmediatamente.

–Don Felipe. Que placer verlo. ¿Necesita algo?

¿Don Felipe? Se preguntó Gabriela. Ahora se podía hacer una idea de la razón por la que colgó apresuradamente el teléfono.

–Sí, necesitamos ver al comandante Ramírez.

–Por supuesto. Si tiene la amabilidad de seguirme.

El policía guío a ambos por un pasillo que había al costado izquierdo del mesón. Gabriela pudo distinguir que por ese pasillo había mucha más actividad que la que había visto anteriormente en la entrada.

El hombre se detuvo ante una puerta que mantenía inscrito Comandante Ramírez. Una vez que ingresaron a la oficina, Gabriela pudo ver que el comandante estaba sentado en su escritorio frente a un portátil mientras revisaba un montón de documentos. Observó alrededor de la oficina y pudo comprobar que había muchas pizarras en blanco donde figuraba el rostro de Leonor, al igual que el de Felipe y otras personas más… incluso estaba ella. Al ser consciente de aquello, sintió un peso en los hombros. ¿Acaso era una sospechosa? Intentó controlar el nerviosismo que sentía, antes pensó que lo podía ocultar, pero ahora… ya no estaba tan segura.

–Don Felipe, me alegro que haya venido.

–Comandante –saludó Felipe –tal y como le he prometido, he venido a acompañar a la señorita Martínez para que pueda rendir su declaración.

–Comprendo.

El comandante Ramírez observó con detenimiento a Gabriela. Esta a su vez le devolvió la mirada, así fue que se pudo dar cuenta que el comandante tal vez tendría unos 40 años aproximadamente. Lucia bastante joven por lo que Gabriela llegó a pensar que tal vez tenía menos edad de la que aparentaba.

–Buenos días –saludó Gabriela.

–Buenos días señorita Martínez. Me alegro que se haya acercado voluntariamente, temíamos que debido a la demora se le hubieran

olvidado algunos detalles de lo ocurrido con la princesa Leonor.

Gabriela entendió a la perfección que aquella era una pulla por no haber acudido de inmediato a dar su declaración. Aunque es extraño que ellos no se hubieran acercado puesto que en el hospital tenían todos sus datos y por lo visto en la pizarra que mantenía en su oficina, ya sabía quién era.

–Creo recordar que, –interrumpió Felipe –por órdenes expresas del rey de Agua Azul, se pidió que no interrogara de inmediato a la señorita Martínez.

Así que esa era la verdadera razón por la que nadie se apareció para interrogarla, descubrió Gabriela. Sintiéndose más en confianza decidió acaba con todo aquello de una buena vez.

–Estoy aquí para hacer mi declaración. –Respondió enérgicamente al comandante.

–Perfecto. Siéntese.

Gabriela tomó asiento en el lugar que le había indicado el comandante Ramírez, quiso quedarse de pie porque sentada se sentía inferior, y no quería sentirse de aquella forma, pero no le quedó más opción. El comandante miró fijamente a Felipe, dándole a entender que debía esperar afuera, pero este ni se inmutó. Simplemente se quedó de pie detrás de Gabriela, dejando muy clara su posición.

–Bien señorita Martínez, ¿Puede decirnos que ocurrió aquel día?

Gabriela procedió a contarle todo lo que recordaba al Comandante Ramírez, a qué hora había llegado al cementerio y cuánto tiempo estuvo en su tumba. También le dijo que cuando vio a Leonor entrar le causó cierta curiosidad por eso la había seguido por todo el cementerio. Hasta el día de hoy no sabía porque lo había hecho, simplemente fue una especie de corazonada. Cuando llegó a la tumba de sus padres, tomó la decisión de preguntarle quien era. Ella le había interrogado, pero Leonor había sido esquiva. Simplemente le dijo su nombre de pila y que proveía de Agua Azul. Gabriela no se consideraba una experta en geografía, por lo que pensó que Agua Azul era una ciudad pequeña de España por el nombre, jamás pensó que se trataba de un reino en pleno más mediterráneo.

–¿No le preguntó a la princesa por que el interese por la tumba de sus padres?

–Claro, pero ella no respondió. Solo dijo que necesitaba conversar conmigo. Por eso le dije que cerca del cementerio había un restaurante en el cual podrían charlar tranquilas. Cuando íbamos saliendo del

cementerio… ocurrió todo.

–¿Así sin más? –Preguntó el comandante.

–La verdad no tuve la oportunidad de ver absolutamente nada. Leonor simplemente cayó.

–¿No escucho alguna detonación algo por el estilo?

–No.

–¿Qué hizo a continuación?

–Lo que correspondía. Llamé a la ambulancia y estuve en el hospital hasta llegó Felipe.

–¿Cómo lo contactó?

–Entre las cosas de Leonor estaba su pasaporte. Vi que era mitad italiana así que pedí que llamaran a la embajada. A ellos no les costó atar cabos para descubrir que se trataba de la princesa heredera al trono de Agua Azul. Una vez que me informaron, comencé a averiguar por internet donde quedaba aquel reino. Ahí fue cuando descubrí quien era Leonor.

–Yo estaba en Argentina cuando supe lo de Leonor. Tomé el primer vuelo que había a Santiago. Luego tuve que trasladarme por tierra para llegar a esta ciudad. –Comentó Felipe. –Pero eso usted ya lo sabe cuando hablamos la primera vez.

El comandante Ramírez escuchaba atentamente lo que le estaba contando aquella mujer y las palabras del archiduque. Desde hace una semana que se había cometido el asesinato de la princesa Leonor en Los Ángeles, tenían a los medios de comunicación encima de ellos. Incluso el presidente de la republica estaba interesado en que se resolviera luego el caso.

Por primera vez en la historia del país ocurría algo de esa magnitud en el territorio, por lo que debían ser extremadamente cuidadosos. En la prensa ya se había filtrado que había una mujer con la princesa en el momento de su asesinato, y gracias la ayuda del prometido de Leonor, don Felipe, había logrado parar todo tipo de comentarios relacionados con el nombre de la mujer. Pero ahora que ella estaba rindiendo su declaración, no estaba seguro de que permaneciera en las sombras.

En primera instancia, le había advertido a don Felipe que no podrían mantener aquella información en secreto, y cuando se descubriera la prensa se acercaría como buitres a la mujer. Antes de que ambos llegaran, había mantenido una reunión con su superior, quien le había

asegurado que había mantenido una conversación con el rey de Agua Azul, donde le pedía expresamente que no levantaran cargos contra la mujer, puesto que solo era una persona que se encontraba en el momentos y lugar equivocado cuando atacaron a la princesa. Afortunadamente, ahora estaba en condiciones de afirmar que Gabriela Martínez no había tenido nada que ver con la muerte de Leonor de Évreux.

–Gracias por su declaración señorita Martínez.

–No hay de qué.

–Miré… seré sincero con ambos, no hay forma de continuar ocultando su nombre de la prensa. Quiero que sea consciente de aquello. Por más que se intente impedir no es algo que le pueda asegurar, por lo que sugiero que sea discreta y no comente nada de esto. Solo ha pasado una semana desde la muerte de la princesa y no sería extraño que aun anden periodistas tanto nacionales como internacionales rondando por la ciudad buscando algún tipo de información.

–Lo sé. –Respondió Gabriela.

–También yo, por eso estamos tomando medidas. –Agregó Felipe. –Por órdenes expresas del rey, tengo el deber de llevar a Gabriela ante su presencia.

–No es sospechosa, por lo que podrá salir del país, peor háganlo discretamente.

Gabriela aún mantenía grabada en su memoria aquella conversación. Después de haber transcurrido una semana ya tenía todo listo para partir a Agua Azul. Solo hace tres días había ocurrido lo que tanto temía ella y Felipe. Su nombre se había filtrado por lo que no le quedó más opción que aceptar ir y visitar al padre de Leonor. No sabía exactamente porque quería verla, pero el acoso que estaba sufriendo la estaba volviendo loca. Ya no podía ni salir de su propia casa.

Justo en ese instante, comenzó a sonar su celular una vez más. Después de que todo el mundo supiera quien era, su teléfono no dejaba de sonar. No sabía cómo la prensa le había hecho para conseguir su número, incluso estuvo tentada a cambiarlo, pero Felipe solía comunicarse con ella por ese número. Cuando se acercó para ver de quien se trataba, vio que era un mensaje, precisamente de Felipe. “En media hora te pasarán a buscar”. Al parecer ya había llegado el momento de partir a Agua Azul.